

## HERÁCLITO: UNA LECTURA DE UNA (OTRA) LECTURA



*Juan Pablo Neyret*

---

### HERÁCLITO

**E**l segundo crepúsculo.  
La noche que se ahonda en el sueño.  
La purificación y el olvido.  
El primer crepúsculo.  
La mañana que ha sido el alba.  
El día que fue la mañana.  
El día numeroso que será la tarde gastada.  
El segundo crepúsculo.  
Ese otro hábito del tiempo, la noche.  
La purificación y el olvido.  
El primer crepúsculo...  
El alba sigilosa y en el alba  
la zozobra del griego.  
¿Qué trama es ésta  
del será, del es y del fue?  
¿Qué río es éste  
por el cual corre el Ganges?  
¿Qué río es éste cuya fuente es inconcebible?  
¿Qué río es éste

que arrastra mitologías y espadas?  
Es inútil que duerma.  
Corre en el sueño, en el desierto, en un sótano.  
El río me arrebató y soy ese río.  
De una materia deleznable fui hecho, de misterioso tiempo.  
Acaso el manantial está en mí.  
Acaso de mi sombra  
surgen, fatales e ilusorios, los días.

Entre los filósofos llamados “presocráticos”, Heráclito de Éfeso quizá sea el que exhiba el discurso más particular. Ajeno a los principios ontológicos que habrían de constituirse en el fundamento inapelable de dar cuenta de la realidad a través de la filosofía (constante que únicamente veinticinco siglos después se atrevió a quebrar Nietzsche), libre por ello de la necesidad de construir un sistema y aun al margen del poema como forma de expresión (tanto el filosófico de Parménides como el cosmogónico de Hesíodo), sus fragmentos representan el lenguaje de su época que más se acerca a la literatura. La utilización privilegiada de la metáfora (tropo poético por excelencia) y, por lo tanto, el carácter eminentemente connotativo de sus palabras trazan un camino que en Occidente poco más tarde fue abandonado por la filosofía y pasó a ser patrimonio de la poesía.

Esta particularidad, sumada a la preocupación común por el enigma del tiempo, es suficiente para explicar el interés de Jorge Luis Borges por quien fuera calificado como “el Oscuro”. Tanta es la atracción –y, por ello, la afinidad– que siente el escritor por el filósofo que tres de los poemas del primero incluyen al segundo en sus títulos: “Le regret d’Héraclite” (en *El hacedor*, 1960) y los dos “Heráclito” (uno, en *Elogio de la sombra*, 1969; otro, en *La moneda de hierro*, 1976).

El primer y el tercer poemas tienen en común estar presididos por el tema de la identidad: aquél comienza diciendo “Yo, que tantos hombres he sido” y se incluye en una sección denominada “Museo” e integrada por textos atribuidos a autores (no explícitamente) apócrifos, lo que enfatiza dicha disolución del yo; éste postula “Heráclito no tiene ayer ni ahora. / Es un mero artificio que ha soñado / un hombre gris a orillas del Red Cedar”, reforzando la idea de plurali-

dad (y, nótese además, ubicando al sujeto de la enunciación junto a un río). El "Heráclito" de 1969 pone en el centro el tema del tiempo.

Este poema, escrito en verso libre y sin separación en estrofas, puede dividirse en tres partes. La primera (versos 1 a 13) se distingue por la exclusividad de construcciones sustantivas, recurso utilizado -magistralmente- para referirse al tiempo sin que ninguna acción determine a los períodos oracionales (en efecto, todos los verbos conjugados aparecen subordinados por un "que" relativo). La segunda (vv. 14 a 20) son cuatro proposiciones interrogativas introducidas por un "¿Qué..." en las cuales rige la misma forma verbal: "es" (los otros verbos conjugados vuelven a aparecer en subordinadas). La tercera (vv. 21 a 27), iniciada con un último "Es" -y único afirmativo-, puede subdividirse en dos segmentos: afirmaciones (vv. 21 a 24) y conjeturas (vv. 25 a 27).

La primera parte adopta una forma cíclica -propia, desde ya, de la concepción heracliteana- que se patentiza en la reiteración de los versos "El segundo crepúsculo." Y "La purificación y el olvido". Las imágenes que indican la sucesión crepúsculo-noche-crepúsculo-alba-mañana-día-tarde-crepúsculo-noche-crepúsculo-alba ostentan varias cualidades. Iniciarse y luego enlazarse con el crepúsculo, que Borges asocia en otros textos a un tiempo suspendido, un tiempo sin tiempo, que aquí parece aspirar a una universalización de lo temporal. Exponer los distintos momentos alternándolos en su acontecer o como resultado del anterior o como prefiguración del posterior (pasado-presente-futuro). Calificar, pues, a cada uno de estos momentos no como un absoluto en sí mismo sino como un "hábito del tiempo" (aplicado puntualmente a la noche pero extendido a las demás instancias a través del "otro"). Asociar a la noche con el sueño y a éste con la purificación y el olvido, aparentemente instaurando un eterno retorno. Igualar, sin embargo, al alba con la "zozobra", lo cual niega la asociación precedente puesto que no existe zozobra sin impureza ni memoria. Esta caída recurrente e inevitable en la temporalidad (remarcada por los puntos suspensivos de "El primer crepúsculo...", que indican tanto continuidad como desasosiego) se encarna en la figura del "griego" (obviamente, Heráclito) que cierra este primer tramo.

Las cuatro preguntas de la segunda parte tienen como eje la indagación por el tiempo. La primera enumera deliberadamente la sucesión en sentido contrario a la expuesta en los versos anteriores (“será”, “es”, “fue”, futuro-presente-pasado, sustantivados por el artículo “el”) y la “trama” puede aludir aquí no sólo al tópico borgesiano del tiempo como tejido sino también remitir más explícitamente al mito helénico que le da origen, el del hilo de la vida. Las otras tres preguntas metaforizan al tiempo en la imagen heracliteana del río expandida a tres registros: el religioso, a través del río sagrado Ganges; el metafísico, en la alusión a la eternidad (“cuya fuente es inconcebible”); el histórico (“mitologías y espadas”).

La tercera parte del poema reafirma la noción de zozobra (término que asimismo evoca al agua) al certificar en la primera afirmación que, aunque el sueño en apariencia represente “La purificación y el olvido”, en realidad “Es inútil que duerma” porque el río “Corre en mi sueño” así como indistintamente en un ámbito natural, abierto e ilimitado (“el desierto”) o en uno artificial, cerrado y limitado (“un sótano”). La segunda afirmación es la unidad de los opuestos de Heráclito expresada en el tiempo y su lazo indisoluble con el ser: “El río me arrebató y soy ese río”. La tercera afirmación completa esta idea al presentar al tiempo como la “materia” (también, un nuevo juego con una aparente contradicción) de la que se compone el sujeto de la enunciación, quien a la vez expresa su angustia (la materia es “deleznable”) y su asombro (el tiempo es “misterioso”); además, reintroduce la sucesión temporal clásica (“fui hecho”). La primera conjetura no sólo vuelve a reafirmar la unidad ser-tiempo sino que también ensaya una respuesta –paradójica, desde ya– a aquella “fuente (...) inconcebible”: “Acaso el manantial está en mí”. La segunda conjetura metonimiza al ser en su “sombra” (¿la sombra como tal? ¿la sombra del mito platónico de la caverna? ¿la sombra como reflejo de la ceguera, según el poema que le da nombre al libro?), vuelve a intentar una explicación sobre la “fuente”, el “manantial” (la forma verbal “surgen” remite al sustantivo “surgente”) y califica a través del oxímoron (tropo que, precisamente, es una unidad de opuestos) como “fatales e ilusorios” a los episodios de la sucesión indetenible del tiempo: “los días”.

En *Elogio de la sombra* el escritor obsesionado por el tiempo pone de manifiesto junto a sus habituales especulaciones (*Historia de la eternidad*, “Nueva refutación del tiempo”, numerosos cuentos, poemas y ensayos) una conciencia cada vez mayor de la proximidad del fin, que le hará decir en el “Prólogo” de su siguiente poemario, *El oro de los tigres* (1972): “De un hombre que ha cumplido los setenta años que nos aconseja David poco podemos esperar...”. Tal vez éste sea el motivo que determina la angustia y la sensación de caducidad con que concluye “Heráclito”. De cualquier forma, la importancia del filósofo para Borges es tal que en la primera estrofa de su “Arte poética” (*El hacedor*) postula: “Mirar el río hecho de tiempo y agua / y recordar que el tiempo es otro río, / saber que nos perdemos como el río / y que los rostros pasan como el agua”.

Pueden rastrearse en el poema analizado ecos de Miguel de Unamuno, quien escribió en un libro que se titula, justamente, *El tiempo* “Nocturno el río de las horas fluye / desde su manantial que es el mañana eterno”, versos que Borges cita en su ensayo “Presencia de Miguel de Unamuno” (excluido de sus *Obras completas*), donde dice sobre ellos: “La creencia general ha determinado que el río de las horas –el tiempo– fluye hacia el porvenir. Imaginar el rumbo contrario no es menos razonable, y es más poético”.

He dejado intencionalmente para el final de estas líneas un detalle fundamental: no puede afirmarse si la voz que habla en la segunda y tercera partes del poema corresponde al sujeto de la enunciación o se trata de un discurso indirecto libre atribuible al “griego”.

¿Borges o Heráclito? El escritor hubiera sonreído y citado sus propias palabras: “No sé cuál de los dos escribe esta página”.

Juan Pablo Neyret  
Universidad Nacional de Mar del Plata

## BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, 12. Buenos Aires: Emecé, 1981.  
Borges, Jorge Luis: *Páginas de Jorge Luis Borges seleccionadas por el autor*. Buenos Aires: Celtia (Escritores argentinos de hoy), 1982.